la habian estrechado y ligado de tal manera, que no la dejaban dar este paso, y proseguía en revolcarse en el fango. Un dia en que acaso Dios mas sensiblemente le habia hecho sentir su voz, determinó encomendarse en la mañana y en la noche á VALFRE, rezándole tres Padre nuestros y tres Ave Marias, rogándole, que habiendo usado de caridad en su vida con tantas personas, quisiese (ahora que estaba en el Paraiso) usar de una sóla con ella, sacándola de aquel piélago en que estaba sumergida hasta la garganta; con la seguridad de que, si él le daba valor, podría hacer cualquiera resistencia para alcanzar cumplida victoria de sí misma. Muy pronto ocurrió á su auxilio el Beato, el cual le inspiró en el alma tanto aborrecimiento y horror á las culpas que habia cometido, que despues de tres dias, renunciando las vanidades y delicias del cuerpo, se condenó á una vida dura, laboriosa y abatida, y se dedicó al servicio de los pobres y enfermos, gastando en ellos todos sus bienes. De esta manera, la que poco ántes, ocupada en agradar al mundo, habia sido el escándalo y ruina de tantos, no haciendo aprecio despues de los escárnios y befas de los mundanos, llegó á ser la edificacion y el ejemplo de todos.

CAPITULO XIX.

De la prudencia del Beato Sebastian.

La prudencia cristiana, virtud tan preciosa y necesaria, y sin la cual no se puede vivir bien, es la que sabe hallar, ordenar y emplear los medios que nos conducen á la consecucion del fin propuesto. Esta grande virtud, que es la regla y la maestra de todas las demás, fué la que enseñó al Beato á dar siempre sábios y justísimos consejos, y la que le hizo encontrar tantas artes sutiles é ingeniosas, para quitar y desarraigar de los corazones el vicio, y para sembrar y plantar bien la virtud. Aunque él era doctísimo y santo, con todo esto, teniendo una estraordinaria desconfianza de sí, no obraba nunca nada, no iba á la corte, no subía al púlpito, no se sentaba en el confesonario, no recibía un novicio, sin encomendarse primero de todo corazon á Dios, Padre de las luces, y á la Santísima Virgen, asiento de la sabiduria; no dejando, en las grandes deliberaciones, de escuchar el parecer de hombres virtuosos y sábios. Si se le pedia consejo, jamás se precipitó en responder, sino que to-

mando tiempo, y precediendo, segun su costumbre, fervorosas oraciones, se ponía á examinar la cosa minuciosamente, y pesaba las razones para conocer la verdad, descubrir el error, y fijar los límites de lo lícito y honesto. A esto felizmente llegaba, no solo con la luz natural (la cual, aunque sea muy grande, quedando con frecuencia ofuscada de las pasiones, no pocas veces nos hace equivocarnos); sino con la luz espiritual que adquiria por medio de la oracion, la cual (importa repetirlo) era el principio de todas sus operaciones; pues con aquella luz sabe el hombre, sin la corrompida política del mundo, lo que pide la justicia, la caridad y el deber.

Cuando, en el año de 1676, la Duquesa regente, como se ha referido en el Capítulo III, le hizo saber; por medio del Abate Amoretti su gran Limosnero, que el Duque su hijo, entónces de edad de once años, lo habia escogido por su confesor, se llenó de confusion SEBASTIAN, y solicitó con todos los medios posibles no aceptár este honorífico oficio; pero viendo su humildad que todo esfuerzo le salía vano, la prudencia le sugirió el no contentarse con hacer él mismo y encargar que otros hiciesen mucha oracion por ese negocio, sino que se

aconsejó con cuantas personas tenian en aquel tiempo fama de santidad y de doctrina, asi dentro como fuera de Turin, sujetándose despues en todo y por todo á la voluntad de los Superiores de la Congregacion, manifestándoles las razones que tenía para rehusar aquel cargo. Escribió una carta muy larga al Padre Prepósito y á los PP. Asistentes, rogándoles humildemente le manifestasen, cómo debía conducirse en una materia tan crítica. „*Spiritus* „*sancti gratia* (asi les escribia) *illuminet sensus* „*et corda vestra*. Mi incapacidad en dirigir á „una alma, que algun dia debe gobernar un „Estado: el peligro de un oficio tan delicado y „zeloso, poco permitido por nuestro Instituto, el „cual no quiere que nos mezclemos mucho en „las Cortes, ni tengamos demasiado trato con los „grandes, me persuaden á no aceptar el gra„voso peso que se me quiere imponer; tanto „mas, que siendo yo de los mas ancianos, debo „ser mas exacto observante que cualquiera de los „otros de nuestra mas pequeña regla, para no „dar mal ejemplo. Con todo eso, yo protesto no „querer hacer nada de mi cabeza, sino remi„tirme ciegamente á vuestra caridad, sabiduria „y prudencia. Reflecciónen bien en lo que con„viene hacer, y díganmelo claramente, y yo lo

„seguiré con mucho gusto; porque estoy cier-
„to de que Dios por su medio me hará conocer
„cual sea su voluntad." Y prosiguiendo en de-
cir muchas cosas sobre su ignorancia y falta de
experiencia, añade: „Yo les escribo, habiendo
„resuelto, como he dicho, remitirme plenamen-
„te á su parecer, sea lo que fuere lo que me
„hayan aconsejado los otros. Les suplico, pos-
„trado en tierra, usen conmigo de la misma
„compasion que quisieran que se tuviese de
„ellos, si se encontrasen en semejante estado.
„Acuérdense de dar tal resolucion, que algun
„dia no tengan que arrepentirse de ella. Pon-
„gan solamente la vista en la gloria de Dios y
„el bien de mi alma: yo me entrego como muer-
„to en sus manos: me recomiendo ardientemen-
„te á sus oraciones; y entiendan, que me hallo
„de tal suerte fuera de mí, que ni aun sé re-
„currir á Dios como debiera, en el momento
„en que encuentro tener tanta necesidad de su
„particular asistencia."

En el amonestar y corregir se mostraba además prudentísimo SEBASTIAN; porque la correccion no puede hacerse siempre con toda claridad, para que produzca su buen efecto. Oyó un dia al atravesar una calle, que un jóven, al parecer de buen nacimiento, decía palabras muy

libres. Nuestro Beato, que jamás lo habia visto, se volvió á él muy alegre, y lo saludó como si hubiera tenido con él familiaridad, y como si se complaciera de aquellas palabras escandalosas, siguiendo siempre su camino. Dados por tanto algunos pocos pasos, volviendo la cara atrás, lo llama, y fingiendo quererle rogar alguna cosa, le hizo conocer á solas lo irregular de sus palabras, con tanta afabilidad, que aquel se apartó de su lado, en un todo advertido y nada turbado.

Otra vez, mirando por casualidad á un soldado que se entretenía con una persona sospechosa, temiendo que pudiese haber allí ofensa de Dios, se acercó á el, y muy amigablemente le dijo: *os ruego, mi querido hermano, que no os ofendais:* y volviéndose á quien estaba con él, le hizo una correccion con tal zelo y destreza, que mortificada esa persona se retiró; y quedando allí el soldado solo, no dió señal de cólera ni resentimiento, prendado y vencido de la bella manera con que VALFRE le habia pedido aquella licencia.

No se maraville el lector al ver que las correcciones de SEBASTIAN no ecsasperaban ni corrian á aquellos á quienes eran hechas; maravíllese sí, (y con toda razon) al saber, que

este bendito Siervo de Dios, para corregir, no abrió jamás la boca sino á sangre fría; (las correcciones hechas en otro tiempo provocan por lo comun á resentimiento, á ódio y á venganza); pero teniendo siempre el espíritu en perfecta calma, y estando muy tranquilo de ánimo ¡con qué dulzura y arte no hablaba él al culpable! Ya con una sonrisa, ya con un dicho agradable, y ya tambien con una chanza, daba lugar á la medicina, la cual de esta manera quedaba suavisada de toda amargura y disgusto. Aprendan de esto los padres y madres de familia, y verán que resulta un escelente efecto de sus correcciones, si no las hicieren al punto que falta el hijo; porque se debe dejar que la pasion enfriándose algo, dé lugar á la razon: si reprimieren todo movimiento de indignacion y de cólera, (pues la correccion mezclada con injurias, con ira y con ciertas bravatas, no es remedio sino veneno); considerando en aquella culpa no una falta hecha á ellos, sino un pecado contra Dios, ó una falta de buena educacion: si con maneras discretas y amorosas les mostraren su error, procurando traerle á la enmienda: si le hicieren conocer que no hablan movidos de indignacion sino de justicia, no desagradándoles del culpable sino la culpa: en suma, si guiados siempre del amor, mientras amonestan y castigan, sus movimientos y palabras se dirijan no á enagenarse, sino á ganarse y á traerse cada vez mas el ánimo de quien recibe la amonestacion y el castigo. Pero, ¿cómo querer sacar nada bueno de las correcciones que se hacen hoy, si parecen hechas no por un padre sino por un tirano, el cual mas bien procura hacerse odiar que temer? ¿Qué ceguedad, qué estravagancia, qué pretension no es esta? Pero continuemos en ver en otros hechos la prudencia de SEBASTIAN.

Un Sacerdote, fuese por necesidad ó por no estár bastantemente embebido en el espíritu eclesiástico, se habia hecho legar (así á lo menos se decía) una cantidad por un amigo suyo rico, con perjuicio de los herederos, los cuales por todo Turin andaban murmurando altamente de esto. Recibió VALFRE gran dolor del escándalo que por este suceso recibía el público, y se puso á considerar sériamente, si pudiera haber algun medio de quitar aquel mal y resarcirlo. Despues de haberlo pensado por algun tiempo, no habiendo faltado á adoptar aquella arma poderosa, con la cual aun á Dios se hace violencia, quiero decir la oracion; su gran caridad; dirigida de la prudencia; le inspiró hacer se

dieran por unos pocos de dias los Ejercicios espirituales, por aquel mismo Sacerdote que habia dado motivo á tantas murmuraciones, y hacer en aquella ocasion lo que ya habia discurrido. Abrazado semejante proyecto, al momento se partió en su busca, y habiendole hallado, con la mayor humildad le hizo su súplica. Al oirla él, se quedó asombrado; no pudiendo comprender como se dirigía á su persona para una operacion tan santa, careciendo de aquel discernimiento y santidad que se requieren para poder esperar algun fruto; y reconociendo su ineptitud, se negó á complacerle. Pero SEBASTIAN que deseaba esto para curar, no para ser curado, le hizo tales instancias y dijo tantas cosas, que, últimamente, fué forzado el Sacerdote á inclinar la cabeza, y condescender con sus deseos y ruegos. Para imponerse de las meditaciones que hacia, de las inspiraciones que recibía, y juntamente para hacer las pláticas espirituales, comenzó á ir dos veces al dia al aposento de SEBASTIAN, quien le daba menuda cuenta de todo, diciéndole no solo esto, sino aun como habia pasado todos los momentos del dia. Una vez, aproximándose ya el fin de los Ejercicios, lo impuso VALFRE de haber hecho la meditacion sobre el desprendimiento que el Sacerdote debe

tener de la hacienda, y sobre la obligacion que tiene de quitar cualquiera motivo, aun pequeño, de murmuracion y de escándalo; y de aquí comenzó á hablar con tal zelo y fervor, fortalecida su lengua de la gracia de Dios, que abrió los ojos el que hacia de director, y conocida su falta dijo: *estos santos Ejercicios, Padre Valfré, mas me han servido á mí que á él: yo sabré hacer cesar tantas habladurías que se hacen de mí, devolviendo al momento el legado á los herederos del difunto.* Cumpliólo como lo dijo; y si el Beato se afligió por saber la caida de un Sacerdote, mucho mas se consoló cuando lo vió levantarse.

Discrecion santísima, sugerida de la prudencia, era la que usaba en confesar SEBASTIAN, acordándose que el mismo Dios ha llamado suave el yugo del Evangelio y ligero el peso de la Ley divina. No acostumbraba él agoviar á los penitentes (con especialidad las primeras veces que se le presentaban) con mortificaciones ó muchas instrucciones espirituales; sino que les prescribía, pocas reglas para bien vivir, verdaderamente buenas y sólidas, y conformes todas á su vocacion, estado y edad. Por esto todos quedaban muy satisfechos de él, porque no encontraban las cosas prescriptas ni superiores, ni escesivas á sus fuerzas.

Una monja, que agitada de los escrúpulos se hallaba siempre temerosa de no ser entendida de su confesor, escribió al Beato, pidiéndole un pronto remedio á sus agitaciones: SEBASTIAN, guiado siempre de la reguladora de las virtudes, no intentó echarla de maestro, prescribiendo oraciones, penitencias y demás; sino solamente le dijo, que abriese su alma al confesor y se remitiese á él; no importando nada si le pareciese no encontrar consuelo. „Déjese conducir „de él (son sus palabras) como una niña de su „madre, y arroje de sí todo temor, y esté tran„quila. Si no hay otra cosa, ella puede estár „segura, que Dios no le reconvendrá por haberse „regido de su Superior; y por esto (le repi„to) sujétese en todo al parecer de aquel; y „tenga por cierto que cuando Dios quiera, V. „R. probará ánimo y consuelo." A otra monja que tambien le consultó, le escribió así. „Ella „ha hecho un gran despropósito disciplinándose „hasta derramar sangre contra el parecer de su „confesor. El Demonio padece mucho mas que „ella, y sin sacar ningun fruto, porque su pade„cer es efecto de su desobediencia. Desde aho„ra en adelante manéjese de diversa manera. „Mientras hiciere su voluntad, padezca lo que „quiera, no adquirirá jamás ningun mérito ante

„Dios. Vale mas un Padre nuestro rezado de„votamente por obediencia, que cien disciplinas „de sangre hechas por capricho. Disciplíne sus „pasiones: sea mas humilde: tenga mas manse„dumbre; que este es el camino seguro que „lleva al Paraiso."

Quien conoce un poco las córtes, conoce los peligros que se encuentran en ellas, y la circunspeccion que debe usarse en descubrir los abusos y prescribir los remedios, si no se quiere perder la gracia del Principe y de los cortesanos. Ahora bien, ni Victorio Amadeo, ni los Presidentes del Senado y de la Cámara, ni los otros Magistrados perdieron la confianza en el Beato VALFRE; ántes lo escuchaban siempre con gusto, aun cuando curaba sus almas y se oponia á sus resoluciones; y lo favorecian en todas sus pretensiones, puntualmente porque lo miraban recto en sus fines, sábio en su direccion, solícito solo de la gracia de Dios y del bien espiritual del prójimo; sin pedir ó desear nunca nada para sí, ni para sus miserabilísimos parientes, ni para su Congregacion, aunque tuviese necesidad de muchas cosas y fuese amada de él sin medida. ¡Cuanto no quedaron contentas de él las reales Príncesas! Estaban ya formadas ambas á la virtud por la naturaleza, la educa-

cion y la gracia; pero él, con bellas invenciones y santas industrias, supo animarlas á progresos siempre mayores, aficionándolas á la frecuencia de los Sacramentos, á la meditacion diaria, á la comunion espiritual y á la práctica tan recomendada por él de las jaculatorias. No creo apartarme de la verdad si aseguro, que ellas entre las grandezas de la corte eran tan devotas, fervorosas y amantes de la mortificacion, como si hubiesen sido dos novicias en el retiro y pobreza de un monasterio. En las recreaciones, en las cazerías, en los lugares de delicias, nada cambiaban del método ejemplar y virtuoso de su vida, santificando sus diversiones, elevando el entendimiento de cuando en cuando de las cosas terrenas á la contemplacion de las celestiales. Es conveniente que el lector aprenda de la carta escrita por el Beato á Maria Adelaida, una de ellas, la cual se hallaba en el campo, lo que él, aun mientras estaban en sus diversiones procuraba santificarlas. Así le dice: „A la „vuelta de V. A. Serenísima, confio mucho en„contrarla muy adelantada en el camino de la „perfeccion. En el campo tiene tantos maestros „de espíritu, cuantas son las criaturas que ve; „todas las cuales le dicen mudamente: *Dios nos „ha hecho para bien del hombre*. Cada planta,

„cada flor, cada pajarillo, cada fiera repite lo „mismo. ¡Qué suspiros de amor no dará V. A. „hácia el Criador! ¡Qué fervorosas jaculatorias „no andará repitiendo! ¡Qué gracias no dará á „Dios por tantos beneficios! ¡Cuántos actos de „humildad no hará entre las grandezas en que „se halla! Oyendo cada dia misa, estoy ciertísi„mo que hará la comunion espiritual, deteniéndose despues á lo menos por un cuarto de „hora en alguna devota meditacion sobre el „bien grandísimo que ha recibido de Dios. Yo le „sugiero estas cosas, no obstante que vivo muy „seguro de que hará mucho mas de lo que le „digo; pero sin darle ya mas molestia, etc."

Y por que el Beato, como hemos repetido otra vez, estaba en altísima estimacion de todos, por esto los Obispos, los Párrocos y Sacerdotes de cualquier grado recurrian á él como á oráculo, y solicitaban su consejo para la direccion segura de su vida. El exhortaba á todos á trabajar en la viña del Señor, segun su ingenio y fuerzas; no haciendo aprecio de los desvergonzados, que no pocas veces censuran y se burlan de los piadosos operarios: y al mismo tiempo que los animaba á declamar fuertemente y á combatir contra el vicio, los exhortaba á proceder con mucha reserva con los viciosos, y á cerrar

los ojos sobre muchas cosas. Quería que no se internasen en los gobiernos civíles, no se entrometiesen (si no fuese para poner paz) en negocios contenciosos, ni aun manejasen los intereses domésticos. Decía á los Párrocos, que si querian ser respetados de sus feligreses, se mantuviesen lejos de las conversaciones y convites en las casas de los seculares, agradeciendo cortésmente al que los invitaba: uso que practicaba el grande Arzobispo y Doctor San Ambrosio, y que deseaba que practicasen todos sus Sacerdotes. Les advertía que aborreciesen la avaricia como la peste; y que si alguna vez se viesen obligados, para mantener el órden, á sostener algun derecho de su curato, en tales circunstancias diesen mayores limosnas de sus rentas, y procurasen hacer resplandecer mas de lo acostumbrado el decoro y lustre en la casa de Dios. Y, hablando sobre esto, muchas veces se le oyó suspirar oprimido de grave dolor, diciendo ser muy gran desórden que el Párroco tenga en casa muebles curiosos, y no estén con el debido aséo los altares y paramentos de la Iglesia. Quería que no fuesen precipitados en obrar, sino que fuesen con pasos de plomo, pidiendo siempre á Dios luz para no errar. Que debiesen estár igualmente prontos á ocurrir á

la casa del rico como á la del pobre, llamados para la asistencia de las almas. Que aunque conociesen inútil la correccion, no dejasen de hacerla; y se valiesen hasta de algun amigo del culpable para amonestarle. Que no bastando esto diesen aviso á los superiores. Que vigilasen mucho sobre los padres y madres que tienen hijas casaderas, para que no permitan á los jóvenes entrar en sus casas; evitándose así aquellos inconvenientes que son la ruina de las familias. Que no dejasen jamás, en los Domingos, de enseñar la doctrina á los niños; y que ántes fuesen muy vigilantes en este punto, procurando cuanto se pueda, que vayan gustosamente, y se porten allí con modestia; á cuyo efecto procurasen dar algunos pequeños premios á los mas diligentes y atentos. Que en algunos dias festivos esplicasen el catecismo aun á los adultos; pues muchas veces se encuentra en estos mas ignorancia que en los párvulos. Que asistiesen con continuacion al confesonario, procurando no perder tiempo con las falsas devotas. Que fuesen ecsactos en ministrar los sacramentos á los enfermos, no esperando que el mal sea irremediable. Que se empeñasen en conducir el sagrada Viático con todo docoro, con muchas luces, honrando al Señor de todas las cosas,

que sabrá recompensarlo largamente. Que cuidasen que quien contráe el matrimonio, esté instruido en las cosas necesarias que debe saber todo cristiano, y en las obligaciones que trae consigo aquel estado que abraza. Que señalasen diariamente algun poco de tiempo al estudio, para hacerse así mas capaces para ayudar á las almas. Que su vestido fuese honesto y limpio, aunque sin afectacion: y, finalmente, que evitasen los choques con las Cofradías piadosas, las cuales comunmente suelen tener mucho zelo por sus costumbres, aunque no siempre laudables; y por cuya correccion muchos Párrocos han trabajado ya inútilmente. Que habiendo en ellas algun grave defecto, procurasen corregirlo con caridad y prudencia cristiana, para no acarrearse el ódio de los seculares y hacerles perder la devocion, la cual mas bien debian empeñarse todo lo posible en fomentarla, acrecentarla y perfeccionarla.

Al Obispo de Alba José Rovero, que le pedia algunas máximas de prudencia para conducirse bien en el gobierno de su diócesis, le dijo: que el Obispo debia, de preferencia, atender á santificarse á sí mismo, pidiendo instantemente luz á Dios, para que sus obras pudiesen servir de ejemplo á los demás, y para que supiese

corregir y volver al buen camino á quien de él se ha desviado. Por lo cual debe proponerse por modelo algun Obispo Santo, como S. Cárlos Borromeo ó San Francisco de Sales, leyendo siempre su vida. Debe á continuacion velar atentamente sobre todos los Sacerdotes; pero de un modo eficáz sobre los Párrocos, para conocer si cumplen sus deberes, y especialmente si son empeñosos y constantes en explicar el catecismo, sin el cual no conocerá jamás el pueblo cual es la Ley de Dios. No admita á oir confesiones á Sacerdotes que sean muy jóvenes, sino á los de edad madura, y que, además de tener la ciencia necesaria, sean de vida arreglada y ejemplar: obligándolos, como se hace en Roma, á hacer los Ejercicios espirituales cada dos años. Que en la visita de la diócesis no se contente con dar órdenes y decretos, sino que los haga observar y seguir: prohiba en esta ocasion que los familiares no pidan nada á los Párrocos; y hallando en cualquier lugar algun jóvencito, que muestre buena indole é ingenio, lo conduzca al Seminario; recordándo siempre que estos establecimientos deben ocupar su primera atencion. Que no intente jamás cuestiones por ligeros puntos; pero que pelee con valor y fortaleza cuando se trate del culto divino. Que to-

me un solícito cuidado de los enfermos pobres del hospital y de las casas, procurando que sean asistidos con toda diligencia y caridad por buenos confesores; y tambien que no les falte nada aun por lo que respecta á la salud del cuerpo. Que tenga los ojos bien abiertos sobre la administracion de los lugares piadosos. Cuide de los encarcelados, y algunas veces visítelos personalmente. Procure conocer las necesidades de todos, y para esto admita á todos á su audiencia, procurando despachar prontamente á los forasteros, para no obligarlos á inútiles gastos deteniéndolos mas de lo justo. Tambien le encargó, sobre todo, que procurase impedir que ninguno de sus familiares hiciese cosa alguna que cediese en perjuicio de su reputacion, como, por ejemplo, interesarse en que fuese admitido á las órdenes quien no manifiesta ser llamado de Dios al Sacerdocio. Que no omitiese trabajo para buscar la oveja perdida, y hallándola, la pusiese amorosamente sobre sus hombros, á imitacion del buen Pastor de que habla el Evangelio, no perdiendo jamás el ánimo, sino confiando siempre en Dios, entre todos los obstáculos que se pueden encontrar al volverla al redíl. Finalmente, tenga algun buen Sacerdote de piedad y prudencia, que esté obligado á ad-

vertirlo de los defectos propios y de los que se cometen en el gobierno del Obispado. Estas y semejantes advertencias, que por brevedad no se refieren una á una, daba el Beato, para que sirviesen de norma á todos los Obispos.

Por último: puede tambien atribuirse á su prudencia el solícito cuidado que tenia, en que las personas nobles y ricas estuviesen apartadas de la ociosidad; repitiendo siempre, que el ócio de su naturaleza tiene por propiedad corromperlo todo; como la agua estancada por mucho tiempo se llena de gusanos, y una casa deshabitada por dilatado espacio se arruina; añadiendo á esto lo que dice la Escritura, que solamente el no hacer nada es un aprender mil maldades. Por lo cual queria que las mugeres (aunque fuesen Reinas) vigilasen en el bien de sus familias, é hiciesen alguna labor propia de su estado, como ornamentos para las Iglesias, ropa blanca para los hospitales etc; y los hombres copiasen vidas de Santos, escritos doctos, ó cosas semejantes.